

Triste mira la esposa á las aves
De frentes aun calvas,
Y á la noche que ya en el espacio
Sus tules desata.

Con un pío más fuerte el churrinche
De nuevo la llama,
Y se pierde después en la orilla
Volando con ansia.

Mira entonces la madre á sus hijos
Con dulce mirada,
¡Y los cubre mejor de la lluvia
Abriendo con fuerza las húmedas alas!

SIN RUMBO.

Lo mismo que dos astros luminosos
Que cruzan por el cielo vespertino,
Sin poder confundir ni su camino
Ni el chispear de sus haces temblorosos,

¡Vamos tú y yo, cansados y tediosos,
A merced de los vientos del destino,
Con la nostalgia de un amor divino
En nuestros corazones dolorosos!

Pero como entrecruzan sus destellos,
Alguna vez, en la extensión serena,
Los astros de flamígeros cabellos,
¡Se entrecruzan también con la mirada,
Alguna vez, mis penas y tu pena,
Mi alma febril y tu alma desolada!

IMMER BEI DIR.

No aguardes, no, que el viento del olvido
Seque las flores que sembré á tu paso;
¡Es nuestro amor un sol oscurecido,
Pero que nunca llegará á su ocaso!

¡Me dejaste serena y convencida
De que espantabas para siempre al tedio,
Sin notar que en la historia de tu vida
Yo soy como una llaga sin remedio!

¡Yo fui tu iniciador! ¡En tus altares
El cáliz levanté por vez primera;
Y al compás de mis lúbricos cantares,
El gozo se enredó á tu cabellera!

Por más que jures que mi acento ronco
Ya no te turba, tu ilusión desbarra:
¡Siempre se ve una herida sobre el tronco
En donde el tigre se afiló la garra!

Revuelve las cenizas de tu pecho
Y encontrarás, mujer, sin que te asombre,
Debajo del carbón de tu despecho,
Las llagas de la hoguera de mi nombre!

Por el mar de tu pena y de mi pena,
Vamos los dos sin rumbo prefijado;
No hay herrero que lime la cadena
Que junta tu pasado á mi pasado!

¡Nos unen tu hermosura y mi delito!
¡Aún, cuando llamas al placer, me nombras!
¡Nos ata el grito, el voluptuoso grito
Con que tu labio sacudió á las sombras!

Y cada tarde, cuando el sol desmaya,
Sobre ese mar, que juntos recorremos,
¡Los dos soñamos con la misma playa!
¡Con la playa á que nunca volveremos!

Si mañana la muerte sorprendiera
A alguno de los dos, sobre las olas,
¡El otro navegando prosiguiera
Sin rumbo fijo y con el muerto á solas!

¡Para ninguno de los dos hay calma
Ni en la existencia ni en la tumba fría,
Porque yo aun soy la sombra de tu alma
Y eres la sombra aún tú del alma mía!

Ha esculpido el amor en nuestra frente,
Al dejarnos, las cifras de su yugo:
¡Tú serás mi verdugo eternamente!
¡Yo seré eternamente tu verdugo!

¡Lo debimos pensar antes de amarnos!
¡Lo debimos pensar y no lo hicimos!
¡Hoy, en que pretendemos reemplazarnos,
Ninguno de los dos lo conseguimos!

¡Yo no encuentro un amor que sustituya
Al loco amor que me brindaste un día,
Y aunque tu paso de mis huellas huya,
Siempre está junto á ti la imagen mía!

Hay que aceptar, mujer, el vencimiento
Y hay que doblarse ante el inicuo fallo,
Hay que decirle al viejo sentimiento:
— ¡Salve, señor, y ordena á tu vasallo! —

¡Yo de la mar, indómita y desierta,
Me entrego á las rugientes tempestades,
Porque no aguarda mi ventura muerta
La venida del Dios del Tiberiades!

¡Haz como yo, mujer!... Pues no podemos
Regresar á la orilla, ya lejana,
¡La banderola del desastre icemos
En el tope del palo de mesana!

Del muerto amor la clámide sangrienta
Nos servirá de funerario abrigo:
¡Siempre ante mí, tu imagen se presenta,
Y yo siempre, mujer, estoy contigo!

NOCHE DE MARZO.

LA MUSA.

Poeta: en tu granado
 Ya se cimbra una flor, que abre al estío
 Su cáliz virginal. Está sembrado,
 De estrellas irradiantes el rocío.
 Háblame de tu amor; sobre mi seno
 Depón de tus angustias el veneno;
 Y mancha de mis alas lo esplendente,
 Con las cálidas gotas de tu lloro,
 Mientras extiende mis cabellos de oro
 Sobre las negras nubes de tu frente.

EL POETA.

Todo yace dormido:
 El pájaro en el nido;
 En el éter, la luz; en la espesura
 Las campanillas de fragancia llenas;
 En mis amantes brazos, tu hermosura;
 Y en mi tedioso corazón, las penas.

LA MUSA.

No pienses que me engañas;
 No creas, no, que tu tristeza ignoro;
 ¡Hay rocío colgando en mis pestañas,
 Y húmedos tengo los cabellos de oro!

EL POETA.

¡Sólo me quedas tú! ¡De tu pupila
 La fulgidez tranquila
 Basta para endulzar mis soledades!
 ¡Sólo me quedas tú! ¡No hables de duelo,
 Mensajera del cielo,
 Mi esposa fiel, mi nube de piedades!]

LA MUSA.

¡Ábreme ya tu corazón! ¡La pena,
 Que ruje comprimida,
 Con su soplo letal nos envenena
 Como envenena el agua corrompida!
 ¡Ábreme ya tu corazón! ¡Sé bueno!
 ¡Déjame que comparta tu amargura,
 Y reclina tu faz sobre mi seno
 Que late de clemencia y de ternura!

EL POETA.

¡Oh fuente de armonía,
 Día que naces cuando muere el día!

LA MUSA.

¡Yo soy aquella que te amó de niño,
 Y que cubrió los sueños de tu cuna
 Con sus alas de armiño
 En que esplenden los rayos de la luna!
 ¡Yo soy aquella que por tí suspira,

Que nunca te abandona,
 Y que ha soñado coronar tu lira
 Con el verde laurel de una corona!
 ¡Yo cambio en ritmo toda la fiereza
 Que te inspiran lo innoble y lo grosero;
 Yo te he enseñado á amar á la belleza,
 Y te he enseñado á ser buen caballero!
 ¡Cuando todo á tu paso se derrumba,
 Cubro el derrumbe con mis regias galas;
 Y sobre el negro mármol de tu tumba,
 Yo extenderé para morir las alas!
 ¡Se confunden mi senda y tu camino;
 Yo represento tu ideal más puro;
 Y envuelto en mi ropaje diamantino,
 Te haré franquear las puertas del futuro!
 ¡No tengo más historia que tu historia,
 Ni más bien que tu amor! Soy toda tuya,
 Y encenderé las luces de mi gloria,
 Cuando tu senda terrenal concluya!

EL POETA.

Sol de mi juventud, rosa encarnada
 Nacida en mi jardín, ave que trinas
 Canora en mi balcón, fuente sellada,
 Nube de claridades matutinas,
 ¡Humedece mis párpados el lloro
 Cuando me pintas de tu amor el fuego

LA MUSA.

¡No dudes de la fe con que te adoro!

EL POETA.

¡Yo á las delicias de ese amor me entrego!
 ¡Déjame que recline la cabeza
 Sobre los tibios pliegues de tu falda,
 Y que me embriague, oh musa, en tu belleza
 Contemplando tus ojos de esmeralda!
 ¡Mansa paloma de plumaje cano,
 Urna llena de unguentos milagrosos,
 Brisa de los ponientes de verano,
 Serenata de arrullos vagorosos,
 Aroma flotador de limonero
 Y virgen de mis últimos amores,
 Para que sepas bien lo que te quiero
 Voy á contarte todos mis dolores!...
 Olvidado de tí, que eres la calma,
 Mi celestial y dulce prometida,
 Dí á una mujer la voluntad y el alma
 Convirtiéndola en vida de mi vida!
 ¡La flor de mi pasión abrió su broche
 Henchido de fragancia embriagadora,
 Llenando mis ensueños cada noche
 De esa mujer la faz hechizadora!
 Infriéndote á tí cuitas y agravios,
 A tí, que eres la luz y eres el numen,
 ¡Soñaba con un beso de sus labios!

LA MUSA.

¡Que en los míos tus penas se perfumen!

EL POETA.

¡La idolatré postrado de rodillas,
La idolatré febril!... ¡En mi ternura
Jamás llegó mi labio á sus mejillas,
Jamás manchó mi aliento su hermosura!

LA MUSA.

¡Te conozco, mi bien! ¡Cándido y ciego
Tu amor es grande, y por lo mismo puro!

EL POETA.

¡Yo doy todo mi sér cuando me entrego!
¡La hiedra muere, pero asida al muro!

LA MUSA.

Comprendo tu pesar y tus enojos:
¡Tras la ardiente pasión, vino el olvido!

EL POETA.

¡Y llevo aún en mis cansados ojos
La imagen celestial del bien perdido!
En el insomnio de las noches mías
La veo aparecer, y me desgarrar
Con su voz de arrullantes melodías,
Trémula como un canto de guitarra!
¡No me avergüenzo de llorar! ¡El llanto
Prueba que el corazón no está marchito!
¡Jesús cubrió sus ojos con el manto
Cuando supo de Judas el delito!
¡Los viles nunca lloran! ¡La amargura
Es una irradiación! ¡De cada espina
Que se hunde en nuestra sien, brota y fulgura
Una cegante claridad divina!

LA MUSA.

¡Solloza, corazón! ¡Salterio, vibra!
¡Pídele á cada fibra
Un eco que condense tus dolores!
¡Los cantos del pesar son inmortales!
¡Con rocío se nutren los rosales
Y se depuran todos los amores!

EL POETA.

El día empieza ya. ¡Salve, oh mañana
Vestida de zafir! ¡Salve, oh turquesa
Con que el sol sus cabellos engalana
Cuando las plantas de la noche besa!
¡Con tu limpio esplendor viene el olvido!
¡Los fantasmas se van! ¡Todo se azula:
El éter por los vientos recorrido,
La niebla gris que en el barranco ondula!
¡Todo recobra la perdida calma!
¡Lentamente la luz sube á su trono!
¡Azulemos también, oh musa, el alma!
¡Tendamos la piedad sobre el encono!

ANDRESILLO.

(A Juan Pedro Bermúdez).

I.

« La Libertad », « El Pueblo, iba gritando
Por calles y por plazas,
Cuando el jardín se cubre de eliotropos,
De azules lirios y de rosas pálidas.
« La Libertad », « El Pueblo », repetía
Sobre el fango y la escarcha
Cuando tiemblan los árboles desnudos
Y se encorvan las ramas

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido
El pantalón que á la rodilla alcanza;
Sobre el cabello inculto, vieja boina
De dudoso color y rota malla;
Triguño, endeble, sin descanso y ágil,
Por calles y por plazas,
A la lluvia y al viento,
Sobre el fango y la escarcha
Iba gritando con su voz ya ronca:
« La Igualdad », « La República », « La Patria ».

II.

Se llamaba Andresillo y contaría
Diez pr maveras á lo más; su infancia
Fué una penumbra dolorosa y triste,
Como aurora de un día de borrasca;
Un pasaje del Dante; una tragedia
Escondida en la bolsa de una larva.
Recogido del suelo del suburbio,
Hijo de la embriaguez y de la infamia,
Creció entre golpes y denuestos, solo,
Sin escuchar jamás esas palabras
Que parecen el salmo de las cunas
Y que las madres verdaderas cantan.
No le vieron jamás sus compañeros
En los alegres corros de la playa;
Ni precedió á las tropas en revista,
Al vivo són de la marcial charanga;
Ni merodeó jamás en los frutales
Que la ciudad circundan, ni su charla
Hizo sonreír al viejo transeunte
Que junto al grupo de chicuelos pasa.

Creció en un antro, conociendo el hambre;
Junto á un hogar sin llamas,
Y ape as supo andar, sus manecitas,
¡Sus manecitas por el frío cárdenas!
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan
En orden apiñado
Las líneas negras y las líneas blancas.

Vendiese poco ó mucho, eran los golpes
 La recompensa diaria;
 Y fuerza fué agotar la mercancía;
 Gritar « El Porvenir », La Democracia »,
 « El Progreso », « La Idea », con voz ronca,
 Bien estridente, alta,
 Para aplacar la furia del verdugo,
 De la mujer salvaje y sin entrañas,
 Que adoptó porque sí, por hacer algo
 Al hijo del misterio y de la crápula.
 Si el niño — ¡Perdón madre! — le decía
 Deshaciéndose en lágrimas,
 Aquella furia contestaba alzando —
 Su diestra de gigante:
 — ¡Tu madre fué una horrible mujerzuela!...
 ¡No me llames así!... ¡Duérmete y calla! —
 En tanto un hombre, que paseaba ébrio
 Por la misera estancia,
 Azuzaba á la bruja murmurando:
 — Haces bien: ¡que se duerma ó que se vaya!—

Así pasó del huérfano
 La dolorosa infancia:
 ¡La infancia de Andresillo, un condenado
 De que el Dante no habla!

III.

Una noche de invierno, triste y fría;
 Noche de lluvia sepulcral y opaca,
 Andrés enfermo, pero alegre y ágil,
 Volviendo á su prisión cruza una plaza.
 No es fácil que le peguen; ha vendido
 Cuanto quiso vender, y aun cuando se halla
 Con fiebre y muy cansado, sólo el frío
 De la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña
 Huérfana como él; como él oleada
 Del fango, de la sombra y compañera
 De oficio y correrías. — ¡Qué te pasa?
 ¿Porqué lloras? — le dice, y sollozando
 La pequeñuela exclama:
 — ¡Que no pude vender todos los números
 Y me van á matar! — ¡Mi pobre Paula!
 ¿También á tí te pegan? — ¡Es por eso
 Que tengo miedo de volver á casa! —
 — ¡Cuántos números tienes? — Andrés dijo
 — ¡Ocho! — responde la pequeña. ¡Oh santa
 Compasión del insecto por el átomo!
 Andresillo infeliz la frente baja,
 Compra los ocho números y sigue
 El camino que lleva á su morada,
 Calculando los golpes que le esperan,
 Llena de angustia el alma,
 ¡Mientras que de rodillas en la noche,
 Sobre las nubes pardas,
 La madre de la niña sin ventura
 De gratitud y de dolor lloraba!

IV.

Llegó Andrés á su cueva; vió en lo obscuro
 El gastado jergón de húmeda paja,
 Y sobre tosca fuente, junto al fuego
 El humo de las viandas.

— ¡Si te queda algún número, á la calle! —
 La mujer le gritó. — ¡La noche es mala
 Y no pude vender! — con ronco esfuerzo
 Del niño balbucea la garganta
 Ya llena de sollozos. — ¡A la calle!
 ¡A dormir en los bancos de la plaza! —
 — ¡Estoy enfermo y la ventisca sopla! —
 — ¡A la calle, repito! — Y la gigante,
 Hecha una furia de cabellos rojos,
 Dejó al niño y la sombra cara á cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron
 Es un misterio aún; talvez el alma
 Enternecida de la pobre madre
 Sobre el niño tendió las leves alas.
 Lo cierto es que al venir el nuevo día
 Los quinteros que entraban
 En la ciudad, rigiendo adormecidos
 Con mano floja, las carretas tardas,
 ¡Le vieron con asombro
 En el umbral obscuro de la casa,
 Lívido, inmóvil, azulado, muerto,
 A la confusa claridad del alba!

LAS DOS INVASIONES.

1817-1828.

(A Samuel Blixén).

I.

¡Musa de las patrióticas tristezas,
 Toma el laúd con llores por canciones!
 ¡El camino es de sangre y son de muerte
 Las pálidas visiones!

¡Aullidos del cañón, tules sin calma
 De la humareda que flotante gira,
 Removed el ambiente de mi alma!
 ¡Templad en vuestras cóleras mi lira!
 ¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago
 Contorno de la lucha gigantea,
 Y entradme en lo más recio del estrago,
 Donde sus himnos el clarín vocea!
 ¡Quiero encontrarme en la fatal jornada,
 Parte formar de la legión patriota,
 Y sentir, en mi frente doblegada,
 La pena y la inquietud de la derrota!
 ¡Quiero en el campo de la lid reñida
 Recoger al que rueda entre clamores,
 Enjugando la sangre de su herida
 Con el pendón de franjas tricolores!

¡Y quiero de la hueste salvadora
Retemplar el encono y la fiereza,
Preludiando los cantos de la aurora
Al hundirme del monte en la maleza!

II.

¡Allá van! ¡tras las bélicas fatigas
Y el hervor de las luchas militares,
Las huestes que aprendieron con Artigas
A defender sus rústicos hogares!
¡Cómo al mirar que con ardiente anhelo
Libertarte ó morir, patria, resuelven,
Hasta las piedras del nativo suelo
Contra la grey del invasor se vuelven!
¡Allá van! ¡junto al rancho de totora;
Lento el corcel; la frente doblegada;
Negra ansiedad su corazón devora;
Llevan llanto de angustia en la mirada!
¡Allá van! ¡orillando la laguna
Escondida entre toscos pajonales,
Que esperan á las luces de la luna
Para vestir sus hábitos nupciales!
¡Allá van! ¡sobre el dorso de la loma
Donde su último airón suspende el día,
Donde entre nubes de salvaje aroma
El espinillo sus malezas cría!
¡El último suspiro de la tarde,
Sangrienta como un sueño de venganza
Con extraño fulgor relumbra y arde
En el agudo hierro de su lanza!

¡Tus hijos son! ¡las huestes montoneras,
Las estoicas bandas campesinas
Que en San José cubrieron de banderas
El lecho en que cansada te reclinas!
¡Tus hijos son! ¡los héroes de tus llanos,
El muro de tu altar, los inmortales
Que hicieron con escudos castellanos
La alfombra de tus plantas virginales!
¡Tus hijos son! ¡las hordas del pampero,
Las primeras dianas de tu historia,
Los que grabaron con buril de acero
Tu nombre sobre el rostro de la gloria!
Vencidos van y el moribundo día,
Cuyos arcos de grana palidecen,
Saluda con respeto su agonía;
¡Si grandes en el triunfo los veía,
Más grandes aún vencidos le parecen!

III.

Mira, madre: silbando los azota
Un viento frío que irascible vuela,
Y el poncho en alas de las brisas flota
Al compás de los hierros de la espuela.
Cuelga en su cinto el desmayado acero
Y al soplo de la tarde entristecida
El ala levantada del sombrero
Tiembla en su frente por el sol curtida.

Del trote al ritmo, lento y perezoso,
El lazo, el anca del corcel golpea,
Cansado de lanzar el rencoroso
Silbido de su curva en la pelea.

Y de los héroes bendiciendo el brío,
Compartiendo su angustia y sus fatigas,
¡Ondula allí, fantástico y sombrío,
El estendarte tricolor de Artigas!

Mira, madre: la angustia los desgarró;
Vibra su corazón con honda pena,
Como vibra en sus manos la guitarra
Con el arpegio de los tristes llena.

Saben que bajo el palio de verdes
De un viejo ombú, dormido en la colina
La prenda de sus rústicos amores
Sueña con ellos cuando el sol declina.

Pero mientras los céfiros pampeanos,
Cuya canturía con dolor te nombra,
Agiten los pendones lusitanos
¡Solitaria la virgen de los llanos
Soñará del ombú bajo la sombra!

¡Y cuánto soñará!... ¡Ya desbandada,
Madre doliente, tu legión bendita,
Sin rivales la enseña esmeraldada
Al soplo de tus céfiros palpita!

¡El vivo fuego de tu sol la dora,
Ondula con orgullo en tus almenas,
Y siente con desdén de triunfadora
El rumor que levantan tus cadenas!

¡Mentira! ¡no ha de ser! ¡Dios no lo quiere!
¡Prepárate á la lid! ¡brille tu acero!
¡Enseña al invasor cómo se muere!
¡Azota con tu lanza al extranjero!

¡Plaza, imperiales, plaza
A la amazona que á las lides vuela
Y el viejo escudo de su gloria abraza!
¡Confundís el jaguar con la gacela!
¡De este suelo, con sangre fecundado,
Cuando resuene de la patria el grito,
Saldrán, saldrán con el semblante airado,
Preludiando las dianas del pasado,
Los héroes de Las Piedras y el Cerrito!

IV.

¡Manes de los vencidos
De Catalán en el contrario enredo,
Dormid bajo los montes florecidos
Sin angustia y sin miedo!
No vendrán á turbar vuestro reposo,
Cuando la luna en el espacio asoma,
Ni el ruido del vivac del victorioso,
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!
Pronto á cambiar el fallo de la suerte,
En vuestras tumbas se arrodilla el hado:
Vais á dormir el sueño de la muerte
Al calor del terruño emancipado!

Todo está aquí de libertad sediento:
 — ¡Patria! — del urunday en el ramaje,
 La gemidora música del viento
 Suspira con su rítmico lenguaje!
 — ¡Patria! — zumbando el camuatí murmura
 Sobre el burucuyá, pródigo en flores,
 Y — ¡patria! — en medio de la noche oscura,
 Dice el ñacurutú á los invasores
 Al perderse furtivo en la espesura!

v.

¡Dormid! que ya el oriente
 De nacarinos tintes se colora,
 Como si las guirnaldas de su frente
 Lanzara al aire el númen de la aurora.
 Es un copo de luz distante y vaga;
 Fleco estelar dormido en la laguna;
 Ocaso de una noche que aun se embriaga
 Con el licor de perlas de la luna.

Baña esa luz de brillos de azucena,
 Flor del aire con orlas de rocío,
 Sobre un pavés de movediza arena
 A un grupo de héroes de mirar sombrío.
 Alta la frente, que doró el pampero;
 Con patriótico llanto en las mejillas;
 Con la rabia del odio justiciero;
 Los más de pié, los menos de rodillas;
 Extendidas las manos con sagrada
 Y profética unción, juran leales,
 Sobre la cruz del puño de su espada,
 Desgarrar las divisas imperiales.

¡Juramento inmortal! ¡grito de guerra,
 Que al levantar las curvas de su vuelo,
 No cabiendo en el arco de la tierra,
 Fué á perderse en los límites del cielo!

¡Juramento inmortal! ¡la luz suave,
 Que ébria de gozo al escucharlo brilla,
 Lo cuenta al río, que lo cuenta al ave
 Del nido de las lianas de la orilla!

¡El ave vuela á repetirlo al monte
 Y la fuente del monte, fresca y pura,
 Lo canta de horizonte en horizonte,
 De llanura en llanura!

¡Juramento inmortal! ¡grito de gloria!
 ¡Mística salve! ¡homérica llamada!
 ¡Al escuchar sus ecos, la victoria
 Corrió al balcón azul de la alborada,
 Como la virgen, al sentir los sonos
 De la canción por su galán cantada,
 Corre á abrir el cancel de sus balcones!

¡Grito inmortal! ¡arrullo soberano
 Del sol del porvenir! ¡hiende las rocas,
 Atraviesa las cumbres, cruza el llano,
 Del monte juega con las verdes tocas,
 Sobre las harpas de los vientos vibra,

Se perfuma en los flecos de la palma,
 Recorre el corazón de fibra en fibra
 Y hace explosión de luz dentro del alma!

¡Juramento inmortal! ¡himno sublime!
 ¡Diana de bendición! ¡plegaria inmensa!
 ¡Credo de libertad! ¡voz que redime,
 Provoca, exalta, fanatiza, inciensas!
 ¡De Sarandí las auras lo escucharon,
 Y besando en la frente á la victoria,
 De Ituzaingó los genios lo cantaron
 En el harpa de estrellas de la gloria!
 ¡Subiendo hasta el dosel de las mañanas,
 En las alas del sol templó su queja,
 Y al cernerse del triunfo entre las dianas,
 Humedeció sus notas soberanas
 El llanto de jaguar de Lavalleja!

vi.

¡Señor, que en los confines del desierto
 Colgaste un lampo de tu luz febea,
 Para alumbrar los pórticos del huerto
 Prometido á las turbas de Judea!

¡El alma de las patrias — como el ave
 De alas enormes y grisácea pluma,
 Que anida en el peñón, adusto y grave,
 Batido por el cierzo y por la bruma, —
 Quiere aire y libertad, espacio y lumbre,
 La esclavitud la prostra y la exaspera,
 Retrato fiel del ave de la cumbre,
 Del águila altanera

De alas enormes y de oscuras galas,
 Que si cae prisionera,
 Se destroza las plumas de las alas
 Contra los muros de su cárcel fiera!

¡Señor, que el noble grito,
 Que el grito santo de los héroes sea
 Como el fleco de luz de lo infinito
 Que guiaba á las turbas de Judea!
 ¡Que el alma de la patria se levante
 Al escuchar sur bélicos clamores,

Para surgir triunfante
 Entre dianas y ruidos de atambores,
 Como el cóndor que rompe denodado
 La cárcel que lo encierra,
 Para volar con vuelo apresurado
 Hacia el nido labrado
 En la roca más blanca de la sierra!

¡Señor, que el grito ardiente
 No se pierda en las criptas de palmares,
 Como se pierde el agua de la fuente
 En la errabunda pompa de los mares!

¡Que el ave en cautiverio
 Pueda, ya libre, bendecir tu imperio,
 Y no sucumba de cansancio y frío,
 Entre las rejas de metal labradas,
 Fijando en los senderos del vacío
 La desesperación de sus miradas!

VII.

Llenando con sus ecos nuestra historia
 El grito de los héroes se dilata,
 Como vibrante cántico de gloria,
 Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.
 ¡Si el ruido de sus voces os despierta
 De júbilo temblad! ¡ya estais vengados
 Mártires olvidados
 Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito
 Que se cierne ondulante
 Y que se va á perder en lo infinito,
 Es la bélica diana que se oía
 Cuando surgiste en Sarandí triunfante,
 Bandera tricolor, bandera mía!
 ¡Al compás de sus ecos vibradores
 Ondulan nuestros ríos todavía,
 Y aun repitiendo el santo juramento
 Con que la arena de la orilla azotas,
 La patria, que salvaste con tu aliento,
 De Ituzaingó sobre el altar sangriento
 Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

VIII.

¡Ituzaingó! ¡tus dianas
 Aun cruzan nuestros montes seculares
 Al soplo de las ráfagas pampeanas
 Más crespas que las olas de los mares!
 ¡Si la tierra, que un día
 Vió el escudo imperial sangriento y roto
 En lo profundo de la mar se hundía,
 Sobre el inmenso horror del terremoto
 La gloria de tu nombre flotaría!
 ¡Efeméride santa,
 Cuando con tu visión mis ojos lleno,
 Siento un nudo de sangre en mi garganta
 Y un mundo de entusiasmos en mi seno!
 ¡A la luz de tu sol, nuestras legiones
 Alzaban á la patria entre sus brazos
 Y extendía la muerte sus crespones
 Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!
 ¡Y aún en las tardes de Febrero estivo,
 Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo
 De azul, púrpura y nieve al Cielo pintas
 Y en brazos de la noche te desmayas,
 Bordas, con los reflejos de tus cintas,
 De la bandera tricolor las rayas!

IX.

¡Hereditaria sublime
 De aquella ave caudal de nuestra historia!
 ¡Rezò alzado en mitad de la batalla
 Como una invocación hecha á la gloria!
 ¡Bandera de la patria, libre ondula,
 En las alas gigantes del pampero,
 Sobre los ríos que amorosa azula
 La claridad del astro del boyero!

¡Proteje, con tus franjas bicolors,
 De nuestros ceibos las rojizas tocas,
 De nuestros campos las pintadas flores,
 De nuestras sierras las abruptas rocas!
 ¡Fecunda, con tus igneas claridades,
 Nuestros plantíos de verdor cubiertos,
 Corona con tu sol nuestra ciudades
 Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

FIDES (1).

Mientras el culto de sus grandes hombres,
 El pueblo de Rincón guarde en su alma,
 No temas los embates de la suerte,
 Libertad de la patria,
 Que en tu defensa... ¡hasta las flores mismas
 Han de volverse, en nuestra mano, espadas!

SANTIAGO MACIEL (2)

INTRODUCCIÓN.

Vosotros los que amais, los que en el alma
 Guardais el fuego del amor primero
 Como en su fibra guardará la palma
 El germen fecundante y duradero;

Los que visteis caer desde la altura
 De vuestros sueños la mujer querida
 Como deidad encantadora y pura
 Que rueda por el suelo escarnecida;

Vosotros escuchad, que el que no sabe
 Lo que es amor, ni nunca haya sentido
 Latir su corazón, es como el ave
 Que vuela y canta sin amor al nido.

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.

(2) SANTIAGO MACIEL ha sido un poeta fecundo. Pertenece á la generación de Carlos Roxlo y desde su iniciación ha colaborado sin descanso en la prensa literaria del país. Empezó á escribir en la *Revista de la Sociedad Universitaria*, tomando parte activa en las veladas iniciadas por esa Institución. Publicó más tarde, su poema *Flor de Trébol*, y un tomo titulado *Auras primaverales*. Es un poeta de inspiración tranquila, que objetiva con intensidad y elegancia. Actualmente reside en Buenos Aires.